

4

Hostias. Una historia feliz

“¡Hostias!” —prorrumpió el cura, que se estaba volviendo muy mal hablado. Mal hablado y hasta un poco bronco, pero igual de fervoroso que antes, cuando aún no había empezado a perder el seso. “¡Hostias!” —exclamó en el convento de las clarisas al descubrir el río de obleas que mansamente avanzaba por la cinta transportadora hasta caer en nívea catarata y llenar un contenedor que, a modo de vagoneta, dispuesto estaba a emprender su marcha sobre ruedas dejando paso a otro vacío. Le fascinaba aquel incesante avance de las temblorosas, parpadeantes escamas, destellantes en su inocente albura, su susurrante deslizarse sin tropiezos, su vacilación de un segundo ante el precipicio al que pronto se dejaban caer dóciles y sumisas; y en su arrobó, y para desconcierto de las monjitas, podía pasarse allí horas y horas.

El Papa estaba a punto de llegar a Valencia para asistir al Congreso sobre la Familia y, ante tan magno evento, las clarisas, habituales proveedoras de material eucarístico de la diócesis, habían tenido que multiplicar por cifras astronómicas su producción, lanzando su moderna hostificadora, diseño del cuñado de la Superiora, ingeniero técnico muy devoto, al máximo de su rendimiento: “A una cadencia infernal” —llegó a decir el pobre don Gregorio, cada día más desafortunado en sus expresiones.

Tras misionar durante años por tierras de África, socarrado el caletre por aquellos tórridos soles y sometido a tembladeras programadas de por vida por activos anofeles, retirese el buen padre

a descansar a la tierra que lo vio nacer. Ejerció algún tiempo de capellán y confesor en el convento que las hijas de Santa Clara tienen en la capital levantina, pero fue reemplazado por otro más joven y activo cuando empezó a mostrar síntomas de evidente chochez. La caridad de las vírgenes reclusas no le privó de un altar donde decir cada día su misa, ni de mesa y cama y de toda clase de atenciones. Confesar, ya no confesaba desde que algunas penitentes empezaron a quejarse de la incoherencia de sus reprensiones y de la desproporción de sus penitencias; pero, en cambio, además de su misa diaria, no había función, novena, exposición del Santísimo, vísperas, triduo o procesión a los que no prestara su concurso y arrimara el hombro, aunque no fuera sino por concelebrar, desfilar en sobrepelliz o hacer número, y luego se quedara adormilado durante los sermones o abandonara las filas sin miramientos por el orden cerrado de la liturgia.

Nadie imagina, empero, qué trastorno llegó a provocar aquel santo varón inofensivo en el seno de la comunidad que le daba cobijo. Estando un día, como solía, abstraído en la contemplación del copioso caudal de obleas que ante sus ojos fluía, en lugar de soltar alguna impropiedad que hubiera ruborizado a las operarias que en su derredor trajinaban, oyeron éstas con pavor que el presbítero, entornando los párpados, recogíendose devotamente y alzando ambas manos a la altura de las clavículas, comenzaba a pronunciar muy distintamente la fórmula sacramental de la consagración: "*Hoc est enim corpus meus...*". ¡Estaba consagrando las hostias! Estaba convirtiendo aquella masa de redondas láminas en otros tantos cuerpos de Cristo. Y no había forma de atajarle, ni tiempo de poner las hostias a salvo del efecto consagrador, ni valía ya interrumpir la cadena de producción o echar marcha atrás. Las hostias estaban consagradas. ¿Cuántas? ¿Todas? Y ¿qué significaba "todas"? ¿Hasta dónde llegaba el efecto, cuál era el radio de acción de la fórmula sagrada? Las monjas cayeron de rodillas ante la eucarística profusión, anonadadas a un tiempo por la magnitud del milagro y lo que ya intuían y no se atrevían a calificar sacrílegamente de desastre.

Mientras las más avispadadas se sacudían el aturdimiento y corrían en busca de la madre superiora, el bueno de don Gregorio, tras to-

mar una de aquellas hostias con el índice y el pulgar de la mano derecha, se la llevó a la boca, la tragó con los ojos cerrados, quedó unos instantes abismado en íntima meditación y, dándose media vuelta, abandonó la estancia con beatífica sonrisa.

Sor Rosalina se hizo inmediatamente cargo de la gravedad de la situación. Ya no era sólo lo irreverente de mantener aquellas hostias consagradas en recipientes tan viles y en contacto con tan profanos materiales, ni la urgencia por transportarlas a vasos sagrados, materialmente imposibles de reunir en número suficiente; era también la incapacidad por determinar hasta dónde se había extendido la transubstanciación, lo que tal vez alguna autoridad eclesiástica supiera zanjar; y, en último término, el incumplimiento de la misión que se les había encomendado, puesto que, ya consagradas, las hostias fabricadas por el convento resultaban totalmente inadecuadas para la ceremonia papal en la que el pontífice debía consagrarlas antes de la solemnísimas comunión al aire libre. Una solución que le atravesó la mente como un chispazo fue la de consumirlas, único modo aceptable de hacerlas desaparecer, para, alejando para siempre al funesto don Gregorio, volver a empezar toda la operación y cumplir con el encargo. Pero las dificultades eran, si cabe, aún mayores. ¿Qué estómagos, aun poniendo a trabajar a toda la comunidad, tendrían la capacidad material de ingurgitar aquella masa harinosa? Por otra parte, y sin reparar en los elevadísimos gastos que supondría la duplicación, no estaba nada segura de que quedara margen de tiempo para llevar a cabo tal empresa.

—¿Y si no dijéramos nada? —se atrevió a proponer con un atisbo de picardía su brazo derecho, la fiel sor Amancia.

No decir nada, hacer como si tal cosa: la solución era tentadora, pero por tentadora, torpe e impura. ¿Qué sería de todas aquellas migajas, por diminutas que fueran, que inevitablemente habrían de perderse en transportes, transvases y otras manipulaciones? En la más minúscula se hallaba alojado el cuerpo del Redentor y dejar que cayeran al suelo, se recogieran con un paño o quedaran ocultas en algún resquicio de la máquina era cometer otros tantos irreparables sacrilegios. No es otra la razón por la que el oficiante persigue con su índice hasta el último átomo blanco que se resiste

dentro del copón o sobre la patena para llevárselo luego a la boca y tragarlo.

Antes que dar parte al obispado, donde bastantes problemas tendrían ya en vísperas de la visita papal, la superiora optó como primera providencia por consultar el caso con su cuñado Paco, hombre de acendrada ortodoxia y, según opinión muy extendida, muy apañado. No lo dudó un instante el consultado: envasarlas al vacío. Ésa fue su recomendación. Disponía de todo lo necesario para realizar sin tardanza la operación. “Hostias consagradas envasadas al vacío”. Hasta podía ser en un futuro una idea de producción destinada a destacamentos militares en zonas peligrosas, a espeleólogos, alpinistas, equipos de salvamento o damnificados por catástrofes naturales. A todos estos católicos privados de espiritual alimento se les podría hacer llegar el sagrado manjar por paracaídas u otros medios, sin peligro del más leve contacto impuro.

Sor Rosalina tuvo que interrumpirle en su delirio eucarístico-comercial, cuando ya Paco estaba a punto de proponer una marca para el producto, “El maná” o una cosa así, y de querer envasar el vino consagrado en tetrabrik. La verdad es que no creía que la jerarquía eclesiástica viera con buenos ojos tales innovaciones. Tampoco la propuesta resolvía el problema de la doble consagración. Ahí residía la mayor dificultad, ya que ninguno de los términos del dilema resultaba satisfactorio. O se daba publicidad al asunto y el Santo Padre se quedaba en paro, o se ocultaba y entonces llovía sobre mojado, o se volvía a consagrar lo ya consagrado. De nada servía ya trasladar cuanto antes a don Gregorio a una residencia sacerdotal para ancianos, ni lamentarse de no haberlo tenido más vigilado. Pero, pensándolo bien, ¡qué peligro, un cura que empieza a choshear! Cualquiera día, pasa uno de ellos delante de una panadería y ¡zas!, ¡todo el pan convertido en cuerpo de Cristo! Ahora era ella la que empezaba a delirar.

¡Lo que faltaba! En aquel mismo momento, la campanita del claustro rompió a repicar llamando al Ángelus. Era la señal para poner fin al trabajo de la mañana. Había que dejarlo todo, acudir a la capilla, rezar en comunidad y, tras un momento de reposo y convivencia, que las más jóvenes siempre se encargaban de alegrar

con sus bromas, acudir en silencio al refectorio para tomar el almuerzo. Quizás esa tregua fuera benéfica y trajera la necesaria inspiración a la superiora o a cualquiera de sus hijas.

Una de éstas, sor Leoncia, vio llegada la ocasión tan esperada de sacrificarse y hacer el bien por la comunidad. Acogida muy joven en el convento cuando no era más que una pobre huerfanita, aunque privada de dote por esta su condición, nunca fue objeto de la más mínima discriminación. Ni siquiera quedó en lega, como ella misma siempre había supuesto sin atreverse a aspirar a más, sino que, estimulada por sus superiores, alcanzó la inimaginada meta de la solemne profesión. Desde entonces, siempre se sintió en deuda con su verdadera y única familia, a la que dedicó todos sus desvelos con una abnegación rayana en el sacrificio.

Pretextando una ligera indisposición y con la autorización de la superiora, que enseguida atribuyó su estado a la contrariedad surgida del percance, abandonó el refectorio sor Leoncia, pero en vez de dirigirse a su celda o, todo lo más, a la enfermería, se encaminó de nuevo a la sala de máquinas donde estaba instalada la hostificadora. Por ser ella la encargada de la producción, la capataz del equipo de diez operarias, actualmente duplicado por las excepcionales circunstancias de la venida del Papa, disponía de la llave con la que sor Rosalina había dado dos vueltas al cerrojo de lo que ahora era cámara santa, vasto sagrario, y no nave industrial. Abrió la puerta del recinto y quedó un instante atónita ante la magnitud del ¿desastre?, ¿milagro? Ella, en todo caso, tenía la solución. Después de la siesta, o tal vez antes, volverían sus hermanas con la superiora y encontrarían que todo estaba resuelto, que no había por qué preocuparse, que el convento de Santa Clara había cumplido una vez más su misión, y esta vez, en condiciones particularmente difíciles.

¡Manos a la obra! No hay tiempo que perder —se dijo la clarisa—, e inmediatamente se puso a comer con voracidad de langosta toda aquella blanca inundación. Hundía su hocico en la crujiente masa, abría sus fauces cuan grandes eran y absorbía, mascaba, tragaba hasta perder la respiración. Si un mazacote de engrudo le atoraba el garguero amenazando con ahogarla y, lo que es peor, con poner fin a su labor, acudía al botijo, daba un buen lampazo y re-

anudaba su quehacer. A cuatro patas por el suelo, resoplando como morsa, lamía, sorbía, engullía sin cesar. Ya había doblado de volumen y empezaba a sentir los primeros agobios precursores de la agonía, cuando, gateando torpemente, aún logró arrastrarse hasta el cuadro de mandos. Su vista nublada le consintió, no obstante, vislumbrar los botones e interruptores que debían poner en marcha la maquinaria y lanzar la producción automáticamente. Con un último esfuerzo, consiguió enderezarse y pulsar el mando adecuado. Tras un leve traqueteo inicial, enseguida el runrún de la técnica obediente le aseguró una tarea bien hecha. Arrullada por tan tranquilizadora cantilena, viendo ya cómo la nueva remesa iniciaba el camino de su metamorfosis, sor Leoncia dio gracias al Altísimo y se desplomó.

Allí la encontraron su madre y sus hermanas, hecha odre o bodega a punto de estallar, inánime y aún caliente, rodeada por las máquinas que, como movidas por los angelitos, fabricaban solas con persistente regularidad hostias y más hostias. ¡Un milagro, un milagro! ¿Cómo, si no, el buche de una sola hermana pudo dar cabida a aquella masa ingente que la comunidad toda no habría logrado ingerir?

Ahora se había transformado en un costal sagrado; su sacrificio la había convertido en mártir. En solemne procesión trasladaron su cuerpo, voluminosísimo pero no demasiado pesado, hasta la capilla, y allí vinieron a visitarlo, primero el obispo y más adelante el Papa, en cuanto supo este último el heroico comportamiento de la sierva de Dios. Paco, el cuñado de la superiora, se empeñó en que debía figurar en el libro *Guinness* de los récords, y Benedicto XVI, al concluir su estancia en España, prometió que iniciaría su causa de beatificación, lo que inundó de gozo a toda la comunidad valenciana y a toda la cristiandad.